

LA VISIÓN DEL BEATO JOSEMARÍA SOBRE LA SECULARIDAD COMO ÁMBITO Y CARACTERÍSTICA ESENCIAL DE LA VOCACIÓN A LA SANTIDAD DEL CRISTIANO CORRIENTE

Ana Isabel Moscoso Freile*

El término *secularidad* evoca una serie de conceptos, más o menos emparentados entre sí. El significado que viene a la mente depende, en gran parte, de la formación intelectual de cada uno, de lo que podríamos llamar su *esquema cultural*.

Así, para algunos *secular* remite a secularizado, con la connotación de *separado* e incluso autónomo *de Dios*, o al menos de la religión. Para otros, secular hace referencia a un dato sociológico: el estar en lo temporal, en lo *del siglo*. Quizá para los menos, secular tiene un contenido prioritariamente jurídico, más específicamente canónico, por contrapuesto a consagrado.

Interesa sobremanera precisar la fuente originaria del concepto. Y no es otro que el ámbito teológico. En efecto, *secular* es un modo propio de expresar lo que es la criatura. Secular es, pues, propiedad esencial de lo distinto a Dios. En este sentido, toda la realidad creada es, por serlo, secular. Esta primera afirmación, al mismo tiempo que distingue a la

* Licenciada en Ciencias Políticas y Sociales. Doctora en Ciencias de la Educación. Profesora. Directora Ejecutiva de Educación y Cultura de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Consultora. Asesora Educativa; educacee@uio.satnet.net

criatura del Creador, reconoce su íntima referencia a Él: la criatura lo es por referencia al Creador. Secular es la *realidad creada*, es decir, querida por Dios.

Ésta es la significación teológica primaria. De ella se desprenden los sentidos eclesiológico y jurídico, que se tratarán de un modo tangencial.¹ ¿Por qué este interés en el sentido teológico por encima de los demás? De una parte, por ser el origen mismo del concepto. Y de otra, porque al tratar de la secularidad en la espiritualidad del Opus Dei, es preciso seguir de cerca la precisión que subrayaba el Fundador, cuando al hablar del estatuto jurídico del Opus Dei afirmaba que debía reflejar la secularidad de su espíritu, que responde a una *realidad teológica*.²

La condición del universo como criatura querida por Dios y, por tanto, buena, junto al ineludible hecho del pecado y el eterno designio divino de redención mediante la entrega libre y amorosa del Dios-Hombre y de cada hombre unido al Redentor, constituyen el entramado para entender el valor del mundo y de la vida: “Es la unión entre creación y redención lo que evidencia y pone de relieve el valor cristiano de toda condición y situación humanas, no mero ámbito en el que acontece una redención ajena a ellas, sino realidad asumida por la acción redentora y traspasada por su dinamismo”.³

En múltiples ocasiones, y tratando los más diversos temas, el Beato Josemaría se expresaba al respecto. Por ejemplo, en una homilía el Domingo de Resurrección de 1967 afirmaba: “Hablando con profundidad teológica, es decir, si no nos limitamos a una clasificación funcional, hablando con rigor, no se puede decir que haya realidades –buenas, nobles, y aun indiferentes– que sean exclusivamente profanas, una vez que el Verbo de Dios ha fijado su morada entre los hijos de los hombres”.⁴

¹ Sobre estas y otras distinciones del término *secularidad*, puede verse Rodríguez, P.; Ocariz, F. y Illanes, J.L. *El Opus Dei en la Iglesia*, Madrid, Rialp, 1993, pp. 221-222 y las referencias bibliográficas a las que remite.

² Cfr. por ejemplo, *Carta 25-I-1961*, n. 70, citada en del Portillo, A. *Carta 28-XI-1982*, n. 32, en *Rendere amabile la verità. Raccolta di scritti di Mons. Alvaro del Portillo*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1995, pp. 67-68.

³ *El Opus Dei en la Iglesia*, p. 205.

⁴ Escrivá de Balaguer, J. *Es Cristo que pasa*, n. 112

Comprender así las implicaciones de la Encarnación del Verbo permite atisbar la íntima relación, la armonía entre realidades naturales y vida sobrenatural. En apretada síntesis, con ocasión de la fiesta de Cristo Rey de 1970, predicaba el Fundador del Opus Dei: “Cristo, Nuestro Señor, sigue empeñado en la salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios. Fue la ofensa de Adán, el pecado de la soberbia humana, el que rompió la armonía divina de lo creado. Pero Dios Padre, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió a su Hijo Unigénito(...) para restablecer la paz, para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (Gal. 4,5), fuéramos constituidos hijos de Dios, capaces de participar en la intimidad divina: para que así fuera concedida a este hombre nuevo (...) liberar el universo entero del desorden.”⁵

Pero el hombre no fue llamado a corredimir con Cristo en solitario, sino en la Iglesia. La salvación cristiana es una realidad histórica en la Iglesia. Desde esta perspectiva eclesiológica, y en consonancia con el misterio de la Encarnación, Pablo VI no dudó en afirmar: “La Iglesia tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde sus raíces en el misterio del Verbo Encarnado(...)”⁶

Citando estas palabras, Juan Pablo II glosa: “La Iglesia, en efecto, vive en el mundo, aunque no es del mundo (cfr. Juan 17, 16) y es enviada a continuar la obra redentora de Jesucristo.”⁷ Con palabras muy similares lo decía el Fundador del Opus Dei casi veinte años antes: “Abrazar la fe cristiana es comprometerse a continuar entre las criaturas la misión de Jesús.”⁸

En otros términos, todo el Cuerpo Místico de Cristo tiene una *dimensión secular*: la Iglesia no es *ajena* al mundo; al contrario, existe precisamente como savia vivificante de todas las dimensiones humanas, e incluso de toda la realidad material. La Iglesia, “al mismo tiempo que mira de suyo a la salvación de los hombres, abarca también la restauración de todo el orden temporal.”⁹

⁵ *Ibidem*, n. 183.

⁶ Pablo VI. “Discurso”, 2 de febrero de 1962, citado en Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, n. 15.

⁷ Juan Pablo II. *Christifideles Laici*, n. 15.

⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 183.

⁹ Concilio Vaticano II. Decreto *Apostolicam Actuositatem*, n. 5.

Cada cristiano se injerta en ese tronco vital, en Cristo mismo, mediante el Bautismo. En consecuencia, “todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular”.¹⁰ Todos y cada uno de los bautizados, por el mismo hecho del bautismo, son la Iglesia en el mundo. Y así, con la profunda claridad propia de la verdad, Dios hizo ver al Beato Josemaría que “el católico (...) sabrá hacer de su vida diaria un testimonio de fe, de esperanza y de caridad; testimonio sencillo, normal, sin necesidad de manifestaciones aparatosas, poniendo de relieve —con la coherencia de su vida— la constante presencia de la Iglesia en el mundo, ya que todos los católicos son ellos mismos Iglesia, pues son miembros con pleno derecho del único Pueblo de Dios.”¹¹

Dimensión secular de la Iglesia y de cada uno de sus miembros quiere decir dimensión salvífica, misión redentora, cualidad de fermento. Una misión que es recibida como vocación, como llamado apremiante, como invitación que pide una respuesta. Y aquí nos encontramos con otra constante en la visión de la vida cristiana que el Beato Josemaría enseñó desde 1928: la vocación universal a la santidad. Dios quiso el *Opus Dei* para servir de eco al Espíritu Santo que, por boca del Apóstol, dejó grabada esta exigente revelación: “Dios nos ha elegido, antes de la creación del mundo, para que seamos santos.”¹²

Una llamada que es luz, y al mismo tiempo fuerza interior: luz para ver el sentido de la vida desde Dios, y fuerza para vivir en coherencia con ese sentido que Dios ha hecho descubrir. Así, la vocación cristiana aparece como la razón de la existencia: “Ser cristiano no es algo accidental, es una divina realidad que se inserta en las entrañas de nuestra vida, dándonos una visión limpia y una voluntad decidida de actuar como quiere Dios.”¹³

En consecuencia, la vocación es omnicomprendensiva. “La fe y la vocación de cristianos afectan a toda nuestra existencia, y no sólo a una parte. Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega y asu-

¹⁰ *Christifideles Laici*, n. 15

¹¹ *Es Cristo que pasa*, n. 53

¹² Efesios 1,4.

¹³ *Es Cristo que pasa*, n. 98.

men un sentido de totalidad. La actitud del hombre de fe es mirar la vida, con todas sus dimensiones, desde una perspectiva nueva: la que nos da Dios.”¹⁴

La vocación cristiana como vocación a la santidad implica a todos y cada uno de los bautizados, en tanto que miembros de Cristo y de su Cuerpo que es la Iglesia. Pertenecer a la Iglesia es así algo muy distinto a una mera relación institucional. En una de sus homilías, el Beato Josemaría paladeaba estas palabras: “San Pedro aplica a los cristianos el título de *gens sancta* (1 Pt. 2,9), pueblo santo. Y siendo miembros de un pueblo santo, todos los fieles han recibido esa vocación a la santidad, y han de esforzarse por corresponder a la gracia y ser personalmente santos.”¹⁵

Años antes predicaba: “La vocación cristiana, esta llamada personal del Señor, nos lleva a identificarnos con Él. Pero no hay que olvidar que Él ha venido a la tierra para redimir a todo el mundo.”¹⁶ Vocación a la santidad es irrenunciablemente, llamada al apostolado. Veamos cómo continúa aquella predicación: “El ruego de Cristo se dirige a todos y a cada uno de los cristianos. Nadie está dispensado: ni por razones de edad, ni de salud, ni de ocupación. No existen excusas de ningún género. O producimos frutos de apostolado o nuestra fe será estéril.”¹⁷

Identificación con Cristo: santidad personal y apostolado. Ser otro Cristo, el mismo Cristo, en expresión que gustaba repetir el Beato Josemaría.¹⁸ Ésta es la vocación cristiana. Si es apostólica, y no importa repetirlo, significa que tiene una dimensión secular: una dimensión salvadora del mundo.

En este punto, es preciso hacer una distinción, tal como la presenta la *Christifideles Laici*, que textualmente afirma: “Ciertamente, todos los miembros de la Iglesia son partícipes de su dimensión secular, pero lo son de formas diversas. En particular, la participación de los fieles laicos tiene una modalidad propia de actuación y de función, que, según el Concilio, es ‘propia y peculiar’ de ellos. Tal modalidad se designa con la

¹⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 46.

¹⁵ *Amar a la Iglesia*, 3ª. edición, 1986.

¹⁶ *Amigos de Dios*, n. 256.

¹⁷ *Ibidem*, n. 272.

¹⁸ Cfr., por ejemplo, *Es Cristo que pasa*, n. 20.

expresión 'índole secular'.”¹⁹

“La distinción entre las palabras dimensión e índole, permite a la *Christifideles Laici* armonizar en una visión sintética la totalidad de los datos. La Iglesia en su conjunto, y toda vocación cristiana singularmente considerada, tiene una dimensión secular; dicen relación al mundo, contribuyen a la santificación del mundo. Esa relación al mundo es constitutiva de la Iglesia y de la condición cristiana, si bien no es la fuente de su existir —esa fuente no es otra que Cristo mismo—, ni define la totalidad de su ser.”²⁰

La cita es larga, pero vale la pena, por su claridad para entender mejor este punto. Y continúa: “Todo esto es válido, como es lógico, también respecto al fiel laico, cuya vocación se funda en Cristo, de cuya vida participa en virtud del bautismo; pero (...) en su caso, la dimensión secular adquiere una especial relevancia, hasta revestir el carácter de *índole*, es decir, de condición específica, de rasgo definitorio.”²¹

En otras palabras, para un laico, la secularidad, la referencia a todas las realidades humanas, es la *característica esencial* de su vocación a la santidad. Muchos años antes de que el Concilio Vaticano II reafirmara con su autoridad esta doctrina, el Beato Josemaría la vio en la luz de Dios y descubrió la enorme riqueza que encierra. En efecto, Dios suscitó el Opus Dei precisamente para ayudar a reavivar en los fieles laicos la conciencia de su llamada a la santidad, recibida en virtud del bautismo. Respondiendo a una pregunta del corresponsal del *New York Times*, el 7 de octubre de 1966, el Fundador puntualizaba: “la finalidad, a la que el Opus Dei aspira, es favorecer la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado por parte de los cristianos que viven en medio del mundo, cualquiera que sea su estado o condición. La Obra ha nacido para contribuir a que esos cristianos, insertos en el tejido de la sociedad civil (...) comprendan que su vida, tal y como es, puede ser ocasión de un encuentro con Cristo, es decir, que es un camino de santidad y de apostolado.”²²

¹⁹ *Christifideles Laici*, n. 15, citando a la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, n. 31.

²⁰ *El Opus Dei en la Iglesia*, p. 226.

²¹ *Ibidem*.

²² *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 60.

Detengámonos en la última parte de la cita, pues refleja con profunda sencillez el contenido de la secularidad: el encuentro con Cristo se hace posible no *a pesar* de las variadas situaciones de la vida ordinaria, sino *con ocasión* de ellas. La vida ordinaria es la materia misma de la santificación y el ámbito del apostolado: “porque (Dios) os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que Él las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre.”²³

Pero la vida, para un cristiano corriente, no son sólo las condiciones habituales (la situación familiar, laboral, económica, social), sino también las cambiantes circunstancias del diario acontecer: la variable realidad física y psicológica, las pequeñas dificultades y las ilusiones sencillas, las actividades rutinarias y los retos inesperados. “Cada situación humana es irrepetible”, predicaba el Beato Josemaría en 1967, “fruto de una vocación única que se debe vivir con intensidad, realizando en ella el espíritu de Cristo”.²⁴ Esta intensidad del encuentro con Dios en la cotidianidad es lo que el Fundador denominaba *unidad de vida*.

“Todo es oración, todo puede y debe llevarnos a Dios, alimentar ese trato continuo con Él, de la mañana a la noche. Todo trabajo honrado puede ser oración; y todo trabajo, que es oración, es apostolado. De este modo el alma se enreca en una unidad de vida sencilla y fuerte.”²⁵ Estas palabras, de una homilía suya en diciembre de 1951, expresan lo que de modos diversos enseñó desde los años 30 hasta el final de su vida en la tierra: “que hay una única vida hecha de carne y de espíritu, y ésa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios”.²⁶

La unidad de vida —secularidad vivida— presenta múltiples facetas: la naturalidad, el realismo optimista, el ejercicio de las virtudes humanas, el trabajo bien hecho,²⁷ el afán de superación, la preocupación efectiva

²³ *Es Cristo que pasa*, n. 20.

²⁴ *Es Cristo que pasa*, n. 112.

²⁵ *Ibidem*, n. 10.

²⁶ Homilía “Amar al mundo apasionadamente”, en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n. 114.

²⁷ La limitación de estas líneas no permite detenerse en esta vertiente de la secularidad, con todas sus implicaciones. Una exposición detallada puede encontrarse en Illanes, J.L. *La santificación del trabajo*, Madrid, Palabra, 1990.

por buscar soluciones concretas que contribuyan a crear una sociedad justa y fraterna a la medida del amor de Cristo, la pasión por la libertad...

Hablando de la necesidad de ayudar a los demás a conocer a Cristo, el Beato Josemaría planteaba una inquietud que podría surgir en quienes le escucharan: “Quizá alguno se pregunte cómo, de qué manera puede dar este conocimiento a las gentes. Y os respondo: con naturalidad, con sencillez, viviendo como vivís en medio del mundo, entregados a vuestro trabajo profesional y al cuidado de vuestra familia, participando en los afanes nobles de los hombres, respetando la legítima libertad de cada uno”. Y concluía: “Actuando así daremos a quienes nos rodean el testimonio de una vida sencilla y normal, con las limitaciones y con los defectos propios de nuestra condición humana, pero coherente. Y, al vernos iguales a ellos en todas las cosas, se sentirán los demás invitados a preguntarnos: ¿cómo se explica vuestra alegría?, ¿de dónde sacáis las fuerzas para vencer el egoísmo y la comodidad? ¿quién os enseña a vivir la comprensión, la limpia convivencia y la entrega, el servicio a los demás? Es entonces el momento de descubrirles el secreto divino de la existencia cristiana: de hablarles de Dios, de Cristo, del Espíritu Santo, de María. El momento de procurar transmitir, a través de las pobres palabras nuestras, esa locura del amor de Dios que la gracia ha derramado en nuestros corazones.”²⁸

Esta relación de diálogo humano y sobrenatural es lo que solía denominar el Fundador apostolado de amistad y confianza. Confidencia natural entre iguales, entre quienes saben de luchas y fracasos, de ilusiones y errores, de miserias y grandes amores. En una palabra, de vida cristiana real.

Y este conocimiento práctico del amor de Dios y de la grandeza y la pequeñez humana, lleva a una visión optimista de las cosas, a “una alegría que ha de ser siempre el contrapunto del camino”, y que no consiste en una pietista insensatez de desconocer los obstáculos: “No simplifica, este entendimiento sobrenatural de la existencia terrena del cristiano, la complejidad humana; pero asegura al hombre que esa complejidad puede estar atravesada por el nervio del amor de Dios, por el cable, fuerte e indestructible, que enlaza la vida en la tierra con la vida definitiva en la Patria.”²⁹

²⁸ *Es Cristo que pasa*, n. 148.

²⁹ *Ibidem*, n. 177.

La íntima relación entre mundo y Dios, entre vida cotidiana y eternidad, es secularidad. Y es la profunda razón que explica la importancia que el Fundador del Opus Dei dio siempre al ejercicio continuo de las virtudes humanas. “Cierta mentalidad laicista y otras maneras de pensar que podríamos llamar pietistas, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que el Verbo se hizo carne, hombre, y habitó en medio de nosotros (Juan 1, 14)”. Así introducía en 1941 una homilía en la que continúa: “El precio de vivir en cristiano no es dejar de ser hombres o abdicar del esfuerzo por adquirir esas virtudes que algunos tienen, aun sin conocer a Cristo. El precio de cada cristiano es la Sangre redentora de Nuestro Señor, que nos quiere –insisto– muy humanos y muy divinos, con el empeño diario de imitarle a Él, que es *perfectus Deus, perfectus homo*.”³⁰

La raíz última de la secularidad está precisamente en este ser otro Cristo, hijos de Dios en Cristo, que lleva al cristiano a amar este mundo con pasión redentora, a ejercer en la cotidianidad el “sacerdocio santo, para ofrecer víctimas espirituales, agradables a Dios por Jesucristo”,³¹ en el binomio vital que el Beato Josemaría sintetizó en una expresión muy suya: alma sacerdotal y mentalidad laical.³²

³⁰ *Amigos de Dios*, n. 75.

³¹ Cfr. *Surco*, n. 499.

³² Sobre el contenido de la mentalidad laical, puede verse, por ejemplo, la homilía “Amar al mundo apasionadamente”, en *Conversaciones*, n. 117.